



Crónica de Suetonio

Los Cernicalos de Pedro Olmos

Pedro Olmos es uno de esos buenos-hombres, puros. Campesiano, cariñoso con sus amigos, enraizado con el prójimo todo y con una aparente sencillez de actos y simplicidad de palabras. Parece que se hace más huero de lo que realmente es. Y le queda bien, porque arrastra la actitud del hombre rural auténtico nacido y criado en San Felipe la Urra de las exquisitas frutas, de los tortificantes caldos de gallina, de las fiestas campesinas. Por allí aparece Alberto Rojas Jiménez. Llegaba hasta esos lares para reposarse del desgaste que le producían las ciudades ("Ciudad de la infancia/ ardida al fondo amarilla de los pueblos"), los trigos capiteados ingeridos en bates de mala muerte.

Pedro Olmos y Rojas Jiménez hicieron buenas mizas. Formaron un dúo increíble: uno, tranquilo; un pan de Dios; el otro, inquieto, con el diablo metido en el cuerpo, aunque no en el alma. El suyo era un diablo lírico, creativo, errante, que siempre hizo los viajes más alegres y más tristes.

¿Por qué se comprendieron? ¿Por qué se echaron a andar de la mano por los mismos caminos? Y qué duda cabe. Ambos artistas estaban amarrados por idéntico signo. Alberto —y esto podría ser un signo de varonil confraternidad— murió con los pantalones más nuevos de Pedro. Se los había prestado en vista de que los del poeta estaban rotos y desfilachados.

Tras la apariencia bonachona y vernácula de Pedro Olmos se ocultan tres personalidades perfectamente definidas: pintor, dibujante y escritor. ¿Cuál de estos géneros lo identifica más propiamente? Pinta con Paschen Bustamante, otro bohemio sin cura; dibuja para diarios y revistas del país y del extranjero y escribe "cuando algún tema le interesa". Forma grupo con Roco del Campo, Pablo Neruda, Juvenio Valle y con cuanto soñador se le cruna allá por los años treinta. Publica un magnífico libro sobre Paul Gauguin. Hace eulitísima crítica de plástica. Es tipo humorista en comentarios de tantos personajes que ha conocido.

Y este escritor a ratos perdido, afincado en la zona linareña, cuenta en "Episodio de Cernicalos" (Ediciones Bok) una historia enternecedora. Lo hace en estilo coloquial, sin alardes literarios, como si se tratase de una larga conversación en torno al brasero de su vivienda semicampestre, a esa hora en que la charla tiene máximas resonancia familiar.

"Yo había instalado mi caballete en un rincón verde y dorado, cuya sombra gran-

deza, nota a troches por el pálido azul del cielo empastado de nubes grises y blancas que galopaban desenfrenadamente con angustia tratando de interpretar; la cercanía del modelo me imponía extraños problemas. La música que el viento —arriba— entregaba el forraje, posiblemente semejante a la que inspirara a Beethoven en su Arcadia de Viena, ponía en trance al espíritu, haciendo que el espectáculo se convirtiera en poesía pura".

Y, de pronto, volcados por una ráfaga, cayeron dos plúmeos en forma de huevos, pichones recién nacidos que aterricaron con violencia.

El pintor se lleva a casa esos pichones, los cria, los domestica al extremo de que pasan a ser domésticas aves que trabajan la videncia, que lo reconocen, que van de visita, en vuelos rápidos, a los alrededores de la parcela del matrimonio Olmos-Jauch. Y son sus amigos. A punta de silbidos y a horas fijas, les fue creando reflejos condicionados. Así aprendieron el momento en que debían bajar a comer.

Un relato hecho —el término cabe, tratándose de un pintor— a grandes brochazos, lleno de colorido, en un lenguaje al alcance de lectores letrados e iletrados, como creo deberían ser los fundamentos que está requiriendo nuestra literatura para hacerse asequible y masiva. Un lenguaje bello, pero sin mezcolanzas metafóricas excesivas. Realista, pero sin dejar a lo pedestre.

Quiénes lean este "Episodio de cernicalos" quisiéran que sus escasas páginas se prolongasen, que Pedro siguiera conversando, que los cernicalos continuaran en sus revoloteos en torno al amor que recibieran, que no muriesen como los mató la crueldad del medio.

Escuchamos el mensaje del autor:

"Supongo que esta radiografía ornitológica no ayudará a repeler su leyenda negra, que será apenas una curiosa aventura intelectual. Y una protesta contra esa mander diccionarioal que hace a cernicalos sinónimo de tonto de caprote, cuando debería significar exactamente lo contrario: un ser noble, afectuoso, valiente, fuera de lo común".

Un día escribirá acerca de las costumbres de los pavos blancos, decorativos habitantes de su corral, temas para su esposa, pintora y poeta. O de las gallinas ponedoras. O de los felices canes que le cuidan el sueño en su envidiable "rancho" rodeado de los árboles que él ama. O dedicará algunas páginas al pueblo sureño que lo ha designado hijo ilustre. Ya pintándolo le ha rendido expresivos y hermosos homenajes de gratitud.

Los Cernícalos de Pedro Olmos. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los Cernícalos de Pedro Olmos. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile